

EL ÚLTIMO ADIÓS: REVOLUCIÓN Y RUPTURA

El 26 de Agosto de 1896 estalló en Filipinas la revolución contra el régimen colonial. Llevaba tiempo anunciándose. A lo largo del XIX, había habido múltiples manifestaciones del descontento popular, que habían tenido protagonistas, orígenes y desarrollos diversos. En las décadas de 1880 y 1890 fueron los ilustrados filipinos quienes abanderaron buena parte de las protestas y reclamaciones.

Entrados los años noventa, esos movimientos fueron proseguidos por un grupo de bases sociales más amplias, los katipuneros, liderados por Andrés Bonifacio. De ideas más radicales, pretendían una completa independencia política, y no renegaban del uso de la violencia para lograr los fines deseados. Lograron el apoyo de la pequeña burguesía y de la población urbana y rural menos favorecida. Posteriormente, Bonifacio se vio reemplazado en el liderazgo de la revolución por Emilio Aguinaldo, triunfante en los campos de batalla, representante de sectores más afines a la tradicional y poderosa principalía filipina, y que años más tarde se convertiría en el primer presidente de la República de Filipinas.

Sin embargo, la revolución no triunfó en ese primer intento de 1896. faltó el apoyo unánime de todos los sectores. Tampoco contó con suficientes recursos. A ello se sumó la fuerza de las armas españolas y el empuje de un marco colonial que aún seguía soñando con un futuro brillante en las islas. A resultas de ello, en diciembre de 1897 se firmó el fin de la contienda con España y los líderes de la insurrección tuvieron que exiliarse en Hong Kong. Durante unos meses se vivió en las islas una paz precaria que duraría poco tiempo. En abril de 1898 se inició la guerra contra los Estados Unidos por Cuba. El conflicto hispano-norteamericano tuvo una inesperada repercusión en Filipinas que cambiaría el futuro del archipiélago y pondría fin a la relación entre España y Filipinas.

Azares de la revolución

José Rizal no estuvo directamente implicado en la revolución de 1896, a pesar de que sus escritos habían concienciado a los filipinos de la necesidad de un futuro diferente. Llevaba cuatro años exiliado en Dapitán. Allí recibió la visita de aquellos que soñaban con la revolución en Filipinas, pero no quiso comprometerse con la lucha armada. No aprobaba esa línea de acción ni era él quien iba a dirigir los movimientos. Temía también nuevas y mayores represalias contra él y su familia.

Entreviendo que se avecinaban tiempos revueltos, escribió al gobernador general Blanco, solicitando una plaza como médico del ejército en Cuba. En julio de 1896 recibió el permiso requerido. El 3 de Septiembre de 1896, ocho días después de que Bonifacio diera el “grito de Balintawak”, partió de Filipinas, rumbo a la península, desde donde pensaba embarcarse para las Antillas. Llevaba incluso unas cartas del gobernador general de Filipinas, avalando su conducta durante el exilio y declarando que no tenía conexión con la revolución que amenazaba las islas.

En el mes que duró la travesía entre Filipinas y la península, las autoridades metropolitanas consideraron que su ida a Cuba podía ser fuente de nuevos problemas. Se decidió que regresara a Filipinas, donde aseguraron que habían aparecido nuevos cargos contra él. Al volver a Manila fue encarcelado en Fuerte Santiago. Allí preparó Rizal sus alegatos. Se sabía inocente de esa revolución. Hizo incluso un manifiesto en contra de la misma, calificándola de “absurda, salvaje, tramada a espaldas mías, que nos deshonra a los filipinos y desacredita a los que puedan abogar por nosotros”. Sin embargo, juzgado por sedición, se le declaró culpable de todos los cargos y el 30 de diciembre de 1896 fue fusilado. Allí murió Rizal, pero en ese mismo instante nació el héroe nacional de Filipinas.

Mi último adiós

De ese momento nos quedan algunos de sus versos más bellos, el siempre emocionante “Mi último adiós”.

Se cree que esta obra, sin firma ni fecha autógrafas, y sin título del autor, fue compuesta la víspera de la ejecución de Rizal, el 29 de diciembre de 1896. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca Nacional de Filipinas. Mide 9,5 x 15 cm y está escrito por las dos caras, sin borrones, y con la letra clara y legible de Rizal. Este lo dobló y lo escondió en un quemador de alcohol que usaba como lámpara durante su encarcelamiento en Fuerte Santiago. Su hermana Trinidad se encargó de sacarlo de allí. Se hicieron copias manuscritas y posteriormente se imprimió en pasquines que Mariano Ponce distribuyó bajo el primer título por el que fue conocido “Mi último pensamiento”.

Ese largo poema de catorce quintillas, que revela emoción en cada verso, expresa el amor de Rizal por su patria y por los suyos, y se ha convertido en parte de la historia de Filipinas, y también de España.